



Eduardo Gómez de Baquero.

DON EDUARDO GÓMEZ DE BAQUERO

Desde la muerte de Carracido, uno de los compañeros que más tiempo convivió con nosotros, la Academia llevaba dos años sin tener que lamentar ninguna pérdida, cuando ahora se ve sorprendida por la muerte de Gómez de Baquero, que en la sesión antepasada se sentaba aún en estos sillones.

Sólo cuatro años nos acompañó, pero nos acompañó asiduamente, y deja entre nosotros el más vivo recuerdo.

Entró en esta casa a poco de morir Ortega Munilla, maestro también del periodismo, y cuando ya se contaba en nuestro número otro ilustre cultivador de este género literario tan nuevo, pues la Academia, a pesar de la rutinaria diatriba que la presenta en sus elecciones como habitualmente desviada de la más actual producción literaria, se afana y se honra en llamar a sí a todos los grandes escritores de la nación y atiende, como a cualquier otro, al género del diarismo, que antes se consideraba al margen de la literatura, por la esencial caducidad de la mayor parte de sus producciones.

Esta caducidad de la obra periodística, muy sinceramente declarada y aceptada por Gómez de Baquero, no

alcanza, en verdad, a escritos como los suyos. El, muy descuidado de su producción, veía, sin embargo, ahora el interés retrospectivo que despertaba, ya que al fin se le impuso la publicación de sus obras completas. Sólo en estos últimos días de su vida alcanzó a ver el tomo 2.º Sin duda continuará la colección que, constituída por crónicas trazadas de mano tan hábil, tendrá un subido valor como obra literaria y como documento histórico. La serie de los sucesos enfocados por el cronista no es historia, pero sí lo es la visión personal en que el crítico trata de aprisionar la esencia del suceso que a diario fluye; y una colección de artículos como los de Baquero, que, día por día, van registrando la efemérides de cuarenta años, quedará como inestimable historia cronística de la época, mágico panorama en que la vida sigue siendo actualidad, aunque ya se ha convertido en historia.

La obra de Baquero, que tiene este valor total, pierde en algunos puntos su desarticulación cronística, para revestir un carácter orgánico. Por ejemplo, su antigua colección de conferencias y artículos sobre ensayos y novelas son lo más vivo, lo más guiador que hoy puede leerse sobre estos dos géneros modernos. Igualmente, el reciente volumen 2.º de sus obras, *Pen Club*, forma otro capítulo de historia literaria que tiene por objeto la poesía modernísima.

Soñaba ahora Baquero con hacer un Manual de Literatura. Era una ilusión; bien veía él que el diario trabajo periodístico (ya su segunda naturaleza) no le dejaba tiempo para realizar la aspiración. Pero al recordar nosotros esos tres capítulos que, como por casualidad, nos dejó trazados, hemos de sentir doblemente la irrealidad del proyecto. ¡Qué excelente profesor perdió la Uni-

versidad!, pensaba yo al recibir a Baquero en esta casa. Pero al fin toda la obra de este escritor fué enseñanza, propagada desde el periódico; enseñanza que ha influido poderosamente en muchas generaciones de lectores.

Toda la vida de Baquero fué lucha para elevar el periodismo, desde el punto de postración en que él lo halló, y convertirlo en el periodismo de cultura, de esmero y de ambición literaria, que hoy constituye un principalísimo género literario. A este gran cambio contribuyó muy activamente Baquero, espíritu ágil que podía acompañar hasta el fin esta evolución, porque él cambiaba a su vez. El estancamiento de la comprensión, tan común a cierta edad de la vida, no le afectó a él. Era admirable cómo Baquero supo mantener siempre su comunicación con los jóvenes que traían las aspiraciones últimas, las nuevas ideas; cómo supo acogerlos, comprenderlos en todo lo que traían de comprensible, darles aliento, aunque siempre sin la menor baja del que, por no aparecer anticuado, se desvive en aplaudir toda extravagancia de última hora. Y esta comunicación con la juventud es doblemente admirable en un tiempo de cambios hondísimos, como el que va desde la generación del 70, representada por Valera y Galdós, en cuyas postrimerías se inició Baquero, hasta la generación del 98 y las que se suceden ahora, cada una con nuevos problemas, con nueva manera de comprender la vida; pocas veces se ven unas ideologías más alejadas de otras en gentes separadas no más que por medio siglo.

Pero esa afable comprensión, que le familiarizaba con cada nueva corriente, no le quitaba nada de su per-

sonalidad. Estimaba todo lo bueno, pero no se sumaba a cada nueva dirección. Es cierto que Baquero se hizo maestro e historiador de un género que empezó a florecer cuando ya él llevaba adelantada su carrera, el ensayo moderno; pero, de otra parte, se ha dicho que no vivió la evolución espiritual del 98, quedándose en la época de la regencia, lo cual me parece cierto sólo en muy pequeña parte. Las más íntimas convicciones de Baquero no cambiaban, pero cambiaba el grado y el modo en ellas. No participó, por ejemplo, del pesimismo dominante en la reacción del 98, pero ese pesimismo le trajo la preocupación por España y por el concepto histórico de España, aunque no en forma de problema angustioso, como se hizo entonces, sino de examen tranquilo, esperanzado; no se asoció a aquella nueva corriente, pero se alejó del confiado optimismo que en su juventud imperaba.

Sorprende aquí cómo siendo Baquero hombre de tendencia marcadamente universalista, muy vuelto hacia las brillantes manifestaciones culturales de todos los países extranjeros, se conservó, sin embargo, en una actitud muy española, que expresó cuando los ensayistas extranjeros, recogiendo el estado de opinión de los españoles, nos lo devolvieron corregido y aumentado, ora con antipatía, para declarar que, con la contrarreforma, la existencia de España quedó tan acabada como la de Grecia o la de Egipto; ora con simpatía, para brindarnos el enojoso honor de ser un fermento africano conveniente a la nueva Europa, o para presentarnos como nota de color que alegra el concierto de los pueblos cultos con una constante rebeldía contra “esa ridícula fatalidad llamada civilización”. Baquero rechaza la España que estos autores nos dan, retratada de golilla, con

los trazos convencionales que nos asignaron las polémicas del siglo xvii. Aunque nos digan que ese traje arcaico nos sienta muy bien, debemos recordar que hoy no sirve sino para mascaradas. Rechaza Baquero también las definiciones que nos presentan como pueblo *sui generis*, apartado de la vida común de las naciones por un ensimismamiento místico secular. Declina los amargos elogios que H. Kayserling o J. Casson nos dedican, y cree que la España que es necesario afirmar es la que siempre, en los conflictos entre Africa y Europa, escogió a Europa; la España no representada por las anormalidades, ni por la esquemática exageración de sus características, sino, al contrario, por las abundantes notas comunes con los demás países hermanos: España con sus rasgos diferenciales, pero no segregadores.

Baquero, como otros escritores de hoy, que han dejado pasar el pesimismo del 98, anheló el reconocimiento del ingreso de España en la sociedad de los pueblos que llevan una vida normal, sosteniendo una común tradición de cultura, con obligaciones más o menos iguales frente a la vida moderna, y se esforzó en rechazar el contrahacimiento de anormalidad con que nuestros principales valores históricos son presentados por los escritores extranjeros, que, ora nos admiren, ora nos desprecien, siguen aferrados a muy manidos tópicos.

Tipo del intelectual, su extensa cultura le permitía recorrer con atención crítica la muchedumbre de cuestiones que la vida y la literatura modernas le presentaban. Se ha notado su semejanza con los enciclopedistas del siglo xvii, aunque todos le consideran, a la vez, en la vanguardia del xx.

Hombre de muy ponderadas cualidades, su mérito principal fué haber hallado fórmulas de concordia. Como pensador no se aventuró en el pensamiento de segunda o tercera profundidad; siempre allanó al lector el trabajo de comprenderle, sabiendo ser constantemente claro, ni vulgar ni hermético. He aquí el encanto de su obra.

Baquero entró en la Academia en plena actividad, y murió prematuramente, consumido por la pasión del trabajo, pasión que, con las pesadumbres de la edad y de la dolencia, se aumentaba en él cada día: hallaba en el trabajo el socorro liberador de los asedios de la enfermedad. En el desacorde decaer de la materia y del espíritu que precede a la muerte, a él tocó la ruina del cuerpo antes que la del espíritu. Conservó la claridad de inteligencia y la fuerza de trabajo hasta lo último de su vida. Los asiduos lectores de sus artículos diarios recibieron la noticia de la muerte cuando apenas habían notado la brevísima falta de la colaboración habitual. Sobre la mesa de trabajo quedaban el día de la muerte de Baquero unas cuartillas, en que había comenzado el discurso de contestación de Mosen Riber: la última actividad de nuestro compañero fué dedicada a la Academia.

Baquero lamentó ante la Academia las dificultades de la producción periodística para abrirse paso en el campo literario: el periodismo es un género de combate; sus heridas no se olvidan y sus triunfos efímeros no se recuerdan. Pero Baquero ganó sus triunfos sin herir. Como su estilo literario, de elegante sencillez, no inter-

ponía ningún afectado artificio entre la expresión y la idea; el estilo de su crítica, siempre objetiva, no interponía jamás pasión personalista entre la materia tratada y el lector; señalaba los defectos sin el menor asomo de infatuado o envidioso deseo de echar hacia atrás al que se adelantaba, y dejando al lector perfectamente informado, la herida del combate no se producía.

Su mérito principal era saber realzar todo lo bueno que ante sus ojos pasaba. Decía él: "Elogiar, que parece tan fácil, es un arte difícil si se ha de hacer con decoro intelectual, guardando respeto a la razón y conservando el sentido de la medida y de las proporciones; el arte del elogio exige un don de penetración especial, un instinto comparable a la varilla de los zahoríes que descubre las venas metálicas o las corrientes subterráneas de agua."

Y esta varilla mágica estuvo siempre en sus manos, Por esto la obra de Baquero fué aliento y guía para la producción intelectual de su tiempo. Por esto Baquero muere rodeado de la simpatía de todos y reconocido unánimemente como príncipe de los periodistas españoles.

R. MENÉNDEZ PIDAL.